



Separar el grano de la paja: ¿Cambian las épocas o los principios?

Coronel John Mark Mattox, Ejército de EUA

LA DECLARACIÓN FORMULADA por el ex secretario de defensa Donald Rumsfeld el año 2001, indicó que EUA se enfrenta ante “un nuevo tipo de guerra” pareció constituir una clara señal por parte de los niveles más altos del Gobierno con respecto a que los tiempos han cambiado y que, por ende, el país tiene que plantear, de una manera completamente distinta, la iniciativa de guerra que la planteada en la historia reciente—o tal vez como nunca antes se había planteado.¹ Dicha declaración y los acontecimientos que la provocaron, llegó en las postrimerías de una transformación militar—una transformación que se había puesto sobre la mesa para llevar a cabo una reevaluación de todos los aspectos de la cultura castrense: desde la evolución de la fuerza, el financiamiento, la ubicación de fuerzas, las adquisiciones, el adiestramiento y la ejecución, hasta lo que constituye una “victoria”, ya sea, tanto en tiempo de guerra como en tiempo de paz. Constituye una transformación permanente.

Torbellino de cambio

Ante dicho cambio radical, no es sorprendente que algunos puedan preguntarse si ha quedado algo sin cambiar. El antiguo filósofo Heráclito pudo muy bien haber estado pensando en el establecimiento de defensa de EUA al señalar que nadie entra dos veces en el mismo río. No obstante, si bien Heráclito pudo haber tenido razón, sería prudente para los analistas de los cambios actuales, hacer un sondeo para determinar cuán profunda, verdaderamente, es—o *debe* ser—la corriente de cambio. ¿Sería realmente posible para una institución en crecimiento y burocrática como la castrense transformarse si no cambian los principios de guerra que rigen su función? La respuesta a esa pregunta en realidad depende de lo que uno entienda por “principios”. Comprendidos adecuadamente, los principios más fundamentales simbolizan el orden mundial e ideas fundamentales: la base intelectual. Sin embargo, alcanzar dicha base exige que se atraviesen varios

Pintura: Vercingétorix entrega sus armas a los pies de Julio César, por Lionel Royer, 1899, Museo de Crozatier en Puy-em-Velay, Francia. Los principios de la guerra son tan válidos hoy como lo fueron en la subyugación de Galia por César en el año 52 a.C. César tenía un genio instintivo para los principios de la guerra, así como Alejandro y Aníbal en los siglos previos y Genghis Khan, Napoleón y otros en los siglos posteriores. Si bien las técnicas han cambiado, los principios han mantenido su validez.

estratos de principios complementarios más fundamentales. De este modo, no se puede llevar a cabo una investigación coherente para determinar si dichos principios han cambiado o deberían cambiar sin especificar cuán profundamente se debería enfocar el tema. El punto está lejos de ser trivial; porque si los practicantes de la profesión de las armas se estancan en sus creencias, al punto de que no puedan identificar claramente el estrato de los principios bajo consideración y el porqué, de ser así, dichos principios deberían cambiar, se expondrían a marchar, navegar o volar desde un punto de partida equivocado en su jornada de transformación hacia un destino aún más incierto. En el estrato más fundamental, las ideas que constituyen y apuntalan los principios de guerra *no* han cambiado, y es importante entender el porqué.

Qué constituye o no un principio

Además del hecho de que no todos los principios son igualmente fundamentales, también es cierto que no todo concepto dignificado por la denominación honorífica de “principio” constituye en realidad un principio. Algunas creencias extremadamente arraigadas son sencillamente falsas, aún si, dada la información disponible, parecieran ciertas. Por ejemplo, la idea de Tales de Mileto—el padre de la filosofía occidental—de que todo es agua, pareció tener sentido científico en su época: uno podía observar lagos, ríos, océanos, nubes, vapor, nieve y hielo—todos de agua, notar fácilmente la transformación del agua de un estado a otro y deducir que, de hecho, todo puede ser reducido a agua. Tanto Mileto como sus seguidores sostuvieron que éste era el “principio” de ordenamiento que gobernó toda su cosmovisión científica. El descubrimiento ulterior de que habían estado equivocados no significó que un principio había cambiado. Más bien significó que una idea que consideraron como un principio, no era un principio en lo absoluto.

Si bien las ideas que verdaderamente se convierten en principios siempre son válidas en la esfera de su uso, nuevas percepciones o circunstancias cambiantes, las que se tornan obvias con el transcurrir del tiempo, obliga a que las mismas se vuelvan a definir. Es decir, un principio puede seguir siendo válido dentro de determinados límites, pero en su uso práctico demuestra no ser lo suficientemente general como originalmente se pensó. La revolución científica que demarcó el surgimiento de la física de Einstein de su predecesor newtoniano sirve de ejemplo relevante: la fórmula famosa de Newton, $F=MA$, fue considerada por mucho tiempo como la ley de la mecánica universal. No obstante, más tarde, Einstein sostuvo, convincentemente, que la fórmula de Newton carecía de fundamento en lo relativo a las velocidades próximas a la velocidad de la luz. La fórmula de Einstein, $E=MC^2$, establece una relación, que compensa las deficiencias de las aseveraciones previas de Newton. Eso no significa que la fórmula $F=MA$ esté equivocada o que no tenga un valor práctico. Al contrario, en una esfera muy general de utilidad que sigue teniendo un gran valor. Al fin y al cabo, es el principio que usamos para construir caminos y rascacielos, diseñar automóviles y hacer un sinnúmero de cosas similares. No obstante, su utilidad está más limitada en cuanto al alcance de lo que originalmente se pensó. Sin embargo, un cambio en la esfera de utilidad para un principio

El Coronel John Mark Mattox es Comandante de la Escuela de Armas Nucleares del Departamento de Defensa en Albuquerque, Nuevo México. Recibió su licenciatura de la Universidad de Brigham Young, una Maestría de Artes y Ciencias Militares de la Escuela de Comando y Estado Mayor del Ejército de EUA, otra Maestría de la Escuela Superior de Guerra del Ejército de EUA, y una tercera Maestría y Doctorado de la Universidad de Indiana. Ha fungido en calidad de miembro del cuerpo docente en la Academia Militar, la Universidad de Maryland, la Escuela de la OTAN, y cabe mencionar que es autor de muchas publicaciones, incluyendo St. Augustine and the Theory of Just War (Londres: Continuum Publishers, 2006).

sería prudente para los analistas de los cambios actuales, hacer un sondeo para determinar cuán profunda, verdaderamente, es—o debe ser—la corriente de cambio.

específico no significa necesariamente que no sea un principio verdadero o que indique un cambio en el principio en sí.

Puesto que los principios verdaderos no cambian, plantear la pregunta, “¿Han cambiado los principios de la guerra?” sería (extrayendo un ejemplo del debate contemporáneo sobre la ingeniería genética) parecido a preguntar, no, “¿Estamos presenciando hoy descubrimientos desconocidos hasta el momento, lo que nos obligará a reconsiderar cómo hacemos las cosas?” sino más bien—“¿Se ha transformado la misma estructura de la doble hélice de la molécula de ADN en algo que hasta ahora se desconoce?” Por lo tanto, para analizar adecuadamente la pregunta, uno debe preguntarse primero, “¿Son los principios actualmente en uso *principios verdaderos* y de ser así, cuentan con una esfera de acción adecuada para las tareas de combate inminentes y para aquéllas que razonablemente se puede esperar que nos depare el futuro?”

¿Principium o Technē?

La palabra en inglés “principal” (principio) apareció a fines del siglo XIV y significaba “una verdad o proposición fundamental, de la cual dependen muchas otras; una verdad principal que comprende o conforma la base de varias verdades.”² La palabra proviene del latín *principium*, que, interesantemente, en su forma plural (*principia*) se refiere a la cabeza de un ejército—el personal de estado mayor y

no todo concepto dignificado por la denominación honorífica de “principio” constituye en realidad un principio.

el general.³ Por consiguiente, aún en su sentido histórico, un principio, o *principium*, es lo que guía a las fuerza militares en la dirección que deben seguir si quieren alcanzar el éxito. En la tradición militar de EUA, a los siguientes nueve conceptos: (objetivo, simplicidad, unidad de mando, ofensiva, maniobra, concentración, economía de fuerza, factor sorpresa y seguridad) se les ha concedido la designación de “principios de guerra”—conceptos por los cuales los militares deben regirse para lograr el éxito. Dichos principios son importantes, comprobados a través del tiempo y relevantes. Constituyen principios precisamente porque el papel fundamental que desempeñan ha sido evidente a lo largo del testimonio histórico de la guerra y porque no hay razón alguna para creer, aún en los escenarios más intrincados y fantásticos de la ciencia-ficción, que no tendrán utilidad en los conflictos futuros.

No obstante, eso no significa que el alcance o el valor relativo de cualquiera de estos principios puedan o no cambiar conforme a las circunstancias. De hecho, en este instante, están evolucionando. Por ejemplo, un asalto blindado exitoso del Pacto de Varsovia, como el que se pensó se haría a través de la brecha de Fulda, podía haberse esperado que dependiera, en gran medida, del objetivo, de la ofensiva y de la concentración de fuerzas. La teoría era la siguiente: lanzar suficientes tanques en contra de las fuerzas de la OTAN y al mantener iguales todos los demás factores, algunos tanques del Pacto de Varsovia podrían penetrar las líneas occidentales. Sin embargo, dicho asalto hubiera dependido proporcionalmente menos de la maniobra, de la economía de fuerzas o del factor sorpresa. Por otro lado, un ataque cibernético eficaz del futuro podría depender, en gran medida, del factor sorpresa, la seguridad y la economía de fuerzas, pero no dependería significativamente de fuerzas, maniobra ni unidad de mando. Los principios podrán diferir en cuanto a su alcance o utilidad, según las circunstancias, pero no se percibe necesidad alguna de cuestionar la verdad o validez de los principios en sí.

La necesidad de redefinir, reorganizar el orden de importancia, o asignar nuevos valores relativos a los principios verdaderos no debería dar lugar alguno a confusión en lo que respecta al término *principia* y *technē*, concepto griego antiguo para el arte, manera o medios en los que, virtualmente,

se ponen en práctica, lo que constituye el origen histórico de la palabra en inglés “technique” [técnica]. Mucho de lo que presenciamos en los campos de batalla contemporáneos, en Irak, por ejemplo, se concentra en los cambios de técnica, o “tácticas, técnicas y procedimientos”, como se les denomina frecuentemente en la profesión de las armas. Por consiguiente, si el Presidente exige a las FF.AA. y a la base de apoyo industrial de EUA desarrollar “tecnologías de punta para redefinir la guerra en nuestros términos”, estaría emitiendo un llamado explícito a las fuerzas armadas para que examinen su *technē*, las herramientas a su disposición, para garantizar que dichas herramientas, ya sean mecánicas o de procedimientos, sean apropiadas para la tarea.⁴ Y de hecho, a medida que aprendemos, debemos redefinir nuestra *technē*. Por ejemplo, el escenario de la Brecha de Fulda, o incluso el escenario de *Desert Storm*, no tuvieron mucha necesidad de vehículos blindados *HMMWV*—en contraste con la Operación *Iraqi Freedom*, para la cual la necesidad de *HMMWV* blindados fue significativa. Si bien el principio de “seguridad” es pertinente en cada uno de estos tres escenarios, la *technē* requerida para implementar el principio difiere significativamente entre los dos primeros casos y el último.

Los nueve principios de la guerra continúan siendo tan fundamentales y pertinentes como siempre. Cada vez que se da una revolución en los asuntos militares, surge la pregunta de que si los principios en han cambiado en realidad o si el cambio es específicamente, o en gran parte, una reorganización de la *technē*; y siempre la respuesta es la misma: la evolución desde la piedra de la honda y la piedra, la espada y el escudo, la pica y la lanza, el arco y la ballesta, el mosquete y el fusil, el cañón o cohete, la bomba atómica y la ojiva termonuclear, hasta los satélites y láseres o los ataques cibernéticos, *todos* funcionan sobre la base de los mismos principios de guerra, aunque en un orden de importancia relativamente distinto.

Profundizar en el tema

Sin embargo, de la misma forma en que los movimientos de las placas tectónicas puede que se lleve a cabo una variación en la plataforma rocosa de maneras no siempre previstas, resulta adecuado

tomar en cuenta la estabilidad de los estratos aún más profundos de los principios pertinentes a la profesión de las armas antes de que se pueda afirmar con absoluta certeza que los principios que sustentan la profesión no están en un proceso de cambio. Por lo tanto, a fin de encontrar una respuesta realmente interesante y sustancial a la pregunta “¿Han cambiado los principios de la guerra?” se necesitaría profundizar en el tema. Así como millares de *technē* individuales provienen de los principios de guerra tradicionalmente aceptados, dichos principios, a su vez, provienen de otros aún más fundamentales, como el aforismo de Clausewitz frecuentemente citado (y a menudo mal entendido) de que “la guerra es... una acción de fuerza para imponer nuestra voluntad a nuestro enemigo.”⁵ En este punto, Clausewitz observa que el instrumento militar de poder nacional es sólo un medio entre muchos (por ejemplo, diplomático, informacional, económico etc.) que pueden ponerse en práctica en la tarea de persuadir a otro poder para que se doblegue a “nuestra voluntad”. Es un instrumento bastante contundente, así como los nueve principios de la guerra han demostrado serlo. No obstante, el mismo hecho de que a veces se requiera de un instrumento contundente es evidencia del principio aún más fundamental que señala que la libertad de voluntad humana es inviolable: de hecho, ningún individuo ni nación puede forzar a otro individuo o nación a actuar contra su propia voluntad. El primero sólo puede razonar, invitar, persuadir, engatusar o, ante el fracaso de métodos basados en el empleo de instrumentos más refinados, producir tal grado de dolor físico a través de la guerra que haga concluir al segundo que no vale la pena resistir a la voluntad del primero. Es sobre la base de este principio esclarecido por Clausewitz que yacen los nueve principios de guerra tradicionales, y que tampoco nada ha cambiado con respecto al tema. Las guerras siempre han sido y seguirán siendo, por principio, herramientas para infringir un dolor insoportable, de manera que el resistirse a “nuestra voluntad” ya no se presente como una opción viable para un adversario.

...y más profundo

Si bien el argumento de Clausewitz es muy profundo, no nos conduce completamente a los principios más sólidos que yacen en la base.

Por consiguiente, la pregunta implícita, “¿Han cambiado los principios de la guerra?” constituye una pregunta aún más fundamental: “¿Por qué Estados Unidos se consideraría justificada para emplear el contundente instrumento de poder militar en primera instancia?” Y detrás de esta pregunta, existe otra: “¿Cuáles son los principios fundamentales que rigen la visión de EUA sobre el mundo—una visión mundial que considera la posibilidad del uso de la guerra como un instrumento de poder nacional?” Si los principios de la guerra han cambiado realmente, tiene que ser consecuencia de los movimientos de las placas tectónicas en el suelo marítimo, y no de las tempestades en la superficie, sin importar cuán violentas parecieran ser.

Desde un comienzo, EUA ha adoptado por principio la creencia de que vale la pena luchar por algunos valores (tales como la autodeterminación individual y colectiva, la justicia o la igualdad). En consecuencia, la nación se ha sentido justificada, en algunas ocasiones, de emplear el instrumento militar de poder nacional para infligir dolor a sus adversarios a tal punto que ellos preferirían cambiar de voluntad y ceder, o hasta someterse a estos valores que continuar la lucha. Eso no implica que la apreciación de EUA haya sido siempre perfecta con respecto a cuándo, dónde o cómo luchar. No obstante, sí implica que son cónsonas con sus valores fundamentales, su principio más arraigado, EE.UU. ha concluido, algunas veces, que trabar combate, fue el mejor curso de acción a seguir como asunto de política nacional.

Aún en aquel entonces, la decisión de EUA de ir a la guerra nunca ha dejado de estar circunscrita por adherencia a los principios de carácter más fundamental, a saber: Jamás ha peleado una guerra sin restricciones morales. Al contrario, siempre ha invocado principios correspondientes a las circunstancias bajo las cuales se podrían pelear las guerras de manera justa y, una vez iniciadas las mismas, de qué manera podrían ejecutarse justamente. Estos principios, personificados en la tradición de la guerra justa, a los cuales se adhiere EUA, sostienen que las guerras únicamente tienen que pelearse por causas justas, con la intención correcta, como último recurso, para la restauración de una paz justa y perdurable, y sólo después de determinar, con el mejor juicio de la nación, que el beneficio moral esperado como

resultado de la guerra tendrá mayor valor que los males que ocasione inevitablemente la ejecución de la misma. Estos principios tan fundamentales también amparan los axiomas que indican que una guerra se puede pelear justamente si, y únicamente si, la misma sólo inflige a los adversarios un daño proporcional, cónsonos con el principio de necesidad militar, y si, y únicamente si, distingue entre los no combatientes y los objetos legítimos de la violencia militar. El hecho de que EUA cuente, como asunto de *technē*, con una perfección moral de la manera en que plantea o conduce las guerras no implica que los principios que caracterizan la manera norteamericana de llevar a cabo una guerra hayan cambiado o se deban cambiar. (Considere el alboroto público que emerge ante la sugerencia de que un soldado norteamericano haya maltratado a un detenido iraquí, o disparado contra un civil no armado. *Dicho alboroto jamás se ha visto emerger* como protesta al régimen del partido Baaz de Saddam Hussein como resultado de una autoevaluación moral, ya que pareciera que dicha autoevaluación jamás ocurrió.)

El hecho es que, mientras más profundo uno investigue la *technē* de la conducción de la guerra, es más evidente que los principios de guerra de EUA no han cambiado. Los nueve principios del campo de batalla aún se aplican; el principio clausewitziano que describe el uso del instrumento militar de poder nacional aún se pone en práctica; y los principios morales-filosóficos que sustentan y limitan espiritualmente la decisión nacional de trabar combate y, una vez comprometida a la misma, el ejecutar la guerra de una manera válida moralmente, prácticamente permanece inmutable a la inmensa y continua corriente de cambios que parece tipificar el inicio del tercer milenio de Cristo.

En Resumen

Suponer que los principios hayan cambiado sólo porque la orden del día exige cateos en las calles en lugar de una batalla blindada con la Guardia Republicana al estilo *Desert Storm* es una gran locura, y los expertos analistas, que aparecen en los programas de entrevistas políticas dominicales sustentando lo contrario, servirían mejor el interés público si admitieran que el propósito de sus análisis

La guerra sigue siendo lo que siempre ha sido: una herramienta que inflige dolor para hacer que un adversario doblegue su voluntad ante la nuestra.

es sólo proporcionar opiniones superficiales concebidas para atraer mayor audiencia al programa. De hecho, es absolutamente *crucial* que los gobernantes en toda la cadena de mando hasta en los niveles más altos del Gobierno de EUA comprendan claramente que *no ha cambiado ningún principio*. Esto es así puesto que, mientras las decisiones basadas en la necesidad percibida de cambiar la *technē* ocasiona que se tomen medidas, aún si son medidas de gran envergadura, para el Jefe de Estado, las decisiones con base en supuestos cambios en los principios indican que hemos llegado a creer que tenemos que elaborar nuevas respuestas a las preguntas más fundamentales en las que se basa nuestra democracia y estilo de vida. Las instituciones castrenses necesitan de una transformación. Es indispensable que busquen constantemente métodos más eficientes para utilizar sus recursos poniendo en práctica las soluciones correctas a los retos que encaran. Además, necesitan buscar constantemente el ser más efectivos en la manera que llevan a cabo las guerras, de forma tal que se ponga fin a esas guerras, justamente libradas, de manera rápida y pacíficamente. Tal vez algunos principios deberán ser redefinidos en términos de su esfera de uso, para que, por ejemplo, los reclutas cuya misión será la de combatir en las calles de Irak entiendan que el concepto de “unidad de mando” no implica una carencia de oportunidad para tomar la iniciativa. Sin embargo, dichas necesidades siempre han existido. No hay nada verdaderamente nuevo con respecto a estos principios y en realidad tampoco han cambiado.

Por ejemplo, las Fuerzas Armadas podrían resolver los problemas concernientes a la cantidad y calidad inadecuadas de blindaje vehicular. Pero también podemos estar seguros de que el enemigo insurgente dedicará sus esfuerzos para desarrollar las *technē* necesarias a fin de contrarrestar la eficacia de cualquier avance que hayamos logrado. De ahí que, quizás mañana, las Fuerzas Armadas puedan elaborar otras *technē* para superar las

contramedidas tomadas por los insurgentes, sin importar las que sean, y así sucesivamente. Sin embargo, nada habrá cambiado en el nivel del principio verdadero.

Este es el caso en los niveles más fundamentales del análisis. La guerra sigue siendo lo que siempre ha sido: una herramienta que inflige dolor para hacer que un adversario doblegue su voluntad ante la nuestra. Sin embargo, más significativo es el darnos cuenta de que nada ha cambiado en los niveles más fundamentales de los principios, es decir, aquéllos principios que especifican las circunstancias bajo las que EUA debería trabar combate y cómo y dentro de qué límites morales deberá librar esa guerra. Los Estados Unidos tiene la tarea de garantizar que sigue siendo fiel a sus principios comprobados a través del tiempo; la tarea *no* es la de cambiar sus principios o proceder con base en la suposición de que los principios han cambiado. De hecho, si EUA ha de ser fiel al gran propósito que los Padres Fundadores concibieron, el de una “ciudad en la montaña”, un faro al que otros puedan seguir, la tentación de cambiar sus principios más fundamentales para la conducción de la guerra constituye algo contra el cual la nación tiene que protegerse celosamente.⁶ Si la Nación o sus FF.AA. deciden cambiar los principios si lo que se necesita es sólo un pequeño ajuste a su *technē*, sólo habrá botado el grano junto con la paja. **MR**

NOTAS

1. Donald H. Rumsfeld, “A New Kind of War” (discurso según fue publicado por el *New York Times*, Jueves, 27 de Septiembre de 2001); disponible en www.defenselink.mil/speeches/2001/s20010927-secdef (accedido el 4 de Junio de 2004).
2. *Oxford English Dictionary*, 2ª edición, s. v. *Principle*.
3. *Oxford English Dictionary*, 2ª edición, s. v. *Principium*.
4. Presidente George W. Bush, “Remarks by the President to the Employees of United Defense Industries Ground Systems Division”, Santa Clara, California, 2 de mayo de 2003. Programas de Información Internacional del Departamento de Estado de EUA, disponible en: www.usinfo.state.gov/cgi-bin/washfile/display.pl?p=/archives/products/washfile/latest/2003/may&cf=03050204.tlt&t=/products/washfile/architem, accedido el 11 de enero de 2005.
5. Carl von Clausewitz, *On War* [Libro 1, Capítulo 1, 2º Párrafo], editado y traducido por Michael Howard y Peter Paret (Princeton: Princeton University Press, 1976), pág. 75.
6. Stephen Vincent Benét, “Pilgrims’ Passage”.